

## ¿Qué entendemos por oligarquía?

La oligarquía está ligada al linaje familiar, a privilegios heredados, a formas aristocráticas de vida, al prestigio y al reconocimiento social de una estirpe, al control administrativo de ejércitos, iglesias o gobiernos, a riqueza concentrada en una red familiar, a grupos de poder que intermedian la relación con la metrópolis, a formas de discriminación y domesticación social.

Todos los países latinoamericanos han experimentado la presencia de la oligarquía, es decir, de una élite corporativa cuya cohesión de linaje y monopolio de la supremacía en todos los aspectos, ha marcado una excesiva diferenciación social, una insostenible discriminación racial y una desvergonzada subordinación político-económica a la metrópolis, retardando así la creación de un proyecto nacional y el desarrollo del bienestar social. En el caso de Nicaragua, este fenómeno ha mantenido ciertas especificidades hasta nuestros días, sin que apenas hayamos reparado en sus causas y persistencia, correspondiéndole a la oligarquía conservadora el papel preponderante.

Cuando hablamos de oligarquía nos referimos a un grupo reducido de familias (alrededor de una docena), que tradicionalmente han controlado el poder político, económico y cultural en un país, utilizando el parentesco, la endogamia, la herencia y la autoridad del prestigio como mecanismo de cohesión y sostenibilidad de sus privilegios. Se trata, pues, de una élite criolla de pretensiones aristocráticas, resabios racistas y actitudes discriminatorias contra las familias, individuos, clases, colores de piel, etnias, subalternos en todos los sentidos de la subordinación, la explotación y el vasallaje. Es la versión tragicómica de la aristocracia colonial o la internación de las relaciones del colonialismo, convertida hoy en añoranza del pasado colonial, del poder y de los símbolos que otrora le garantizaron su prestigio y privilegios.

¿Qué relación existe históricamente hablando entre aristocracia y oligarquía? En Grecia, el equivalente al concepto de aristocracia nos remite al gobierno ejercido por un sector social en base a privilegios concedidos por la sociedad y generalmente heredados. Esta distinción concedida a personas que sobresalen por alguna circunstancia y extendida a su familia, proviene generalmente de acciones militares destacadas en campaña y reconocidas por los demás. En caso de ser nombrados para cargos gubernamentales les crea la oportunidad de acceder a grandes extensiones de tierra y convierte a estos aristócratas en familias enriquecidas. Nace y se reproduce una distinción de nacimiento, concedida a los "bien nacidos", es decir, a los nacidos al interior de familias con bienes adquiridos por sus padres. Emergen los diferentes linajes aristocráticos, diferentes a cualquier otra red de parentesco que desde siempre ha servido para identificar a familias ampliadas o comunidades locales.

En Roma se llama patricios a los aristócratas o nobles a estas familias y se contraponen a los plebeyos o gente del pueblo. Con el tiempo asistimos a la rebelión y al enriquecimiento de algunos plebeyos, los que por su riqueza también podrán acceder al estatus de patricio, apareciendo así la distinción o nobleza del dinero, es decir, personas que sobresalen por la posesión de un flujo monetario y que al acceder al gobierno conforman una plutocracia o gobierno de los ricos. Las contradicciones de intereses económicos entre patricios y plebeyos, causa de conflictos, imposiciones y reclamos, genera por un lado la oligarquía o poder del grupo de nobles, y por otro lado, la democracia o poder de la gente sin privilegios de ninguna clase. Políticamente aparece el partido de la oligarquía

o grupo de nobles amparados de poder y el partido de la democracia o plebeyos sin poder alguno, particularmente pescadores, artesanos o comerciantes.

Posteriormente, durante la Edad Media europea, aparecen privilegios concedidos por el rey para ocupar cargos administrativos y nace así la nobleza de toga, conformándose la aristocracia o poder de la nobleza en su conjunto, aunque subordinada al rey. Junto a esta aristocracia encontramos igualmente la aristocracia del saber, es decir, reconocimiento en base a una supremacía intelectual.

Durante la Revolución Francesa y a raíz del desarrollo de la burguesía y de la existencia de trabajadores libres, los privilegios de la nobleza convertida en aristocracia o poder de los nobles, son vistos como derechos parasitarios y sus representantes políticos o gobierno de aristócratas, entre los que se encontraban además el clero y la realeza, son considerados como opresores y enemigos del pueblo.

¿Cómo se traslada de Europa hacia América todo este tinglado de dominación? Habría que recordar que mientras la Europa nórdica llevaba a cabo su reforma protestante, los españoles estaban en plena contrarreforma católica e inquisitorial cuando llegaron a nuestro continente. Mientras en Europa aparecían las guerras campesinas que preludian la emancipación del campesinado servil, los españoles están instaurando una colonización esclavista y servil en América. Los aires liberales de la revolución democrático-burguesa europea son emprendidos en América por criollos embebidos en toda una serie de privilegios que limitan la democracia prácticamente a un ejercicio elitista y excluyente, donde sólo votan una minoría de hombres que tienen propiedades y son probados archicatólicos.

Los Estados-naciones ensayados en América nacen como apéndices de las metrópolis europeas y norteamericanas y las sociedades se mantienen, después de la independencia, como sociedades postcoloniales, en manos de una oligarquía o gobierno de grupos familiares amparados de privilegios heredados. En estas condiciones, la revolución liberal será permanentemente bloqueada por el imperio de turno, así como por las oligarquías conservadoras o entreguistas, tal como lo veremos en el caso de Nicaragua en los próximos capítulos.

Es así, entonces, que la oligarquía latinoamericana proviene del vástago tropical de los conquistadores peninsulares que recibieron reconocimientos reales por servicios a la Corona española. Asimismo, se trata de familias españolas radicadas en América, criollos o descendientes de europeos nacidos y naturalizados en América.

Aquellas familias, autonombradas de abolengo y alcurnia, diferenciadas de los plebeyos o marginados, han gobernado y dirigido ideológicamente el subcontinente americano desde la Colonia hasta nuestros días. Su principal rasgo es funcionar como guardianes políticos o ideológicos del poder dominante. Pueden o no pertenecer económicamente a la clase empresarial, aunque por lo general están más vinculadas a grupos terratenientes o rentistas (ganaderos, comerciantes o banqueros), comportándose en la vida civil como aristócratas encargados de que los marginados o discriminados acepten su dominación.

En última instancia y al igual que la iglesia católica, el poder de la oligarquía, o gobierno aristócrata, para mantener la orientación del sistema y sus propios intereses materiales, reside en su influencia ideológica sobre las masas, en aras de su domesticación; por lo tanto, su debilidad radica en la desobediencia de las mismas. Al igual que la religión y sus

aparatos eclesiásticos, tiene la laica facultad de atravesar diversos períodos históricos, precisamente por ser en última instancia un poder de las clases dominantes de turno y de las metrópolis externas para mantener la sumisión de las masas. Incluso en aquellos períodos o regiones donde el capitalismo y las ideas liberales avanzan y logran establecer una democracia-burguesa, la oligarquía es capaz de amoldar y ajustar una democracia sumisa.

Algunos pensadores opinan que es la religión y el sentido providencial y tutelar de la iglesia católica quien condiciona la identidad de un Estado o gobierno oligárquico, sin embargo, parece más plausible pensar que mínimamente existe una influencia mutua, sino es que sucede completamente al revés y son las condiciones sociales sobre las que se levantan los regímenes oligárquicos, quienes hacen que sus gobernantes tengan o usufructúen una visión providencial que convenga a sus intereses. No parece ser Dios y la religión quienes crean la mentalidad de la dominación, mucho menos de la dominación oligárquica, sino todo lo contrario, es el poder de las castas aristocráticas y de los gobiernos oligárquicos quienes crean una determinada imagen de Dios acorde a sus necesidades sociales. Invocar a la providencia no es más que un recurso imaginado y utilizado por el amo para lograr la transmutación espiritual con la cual se facilite la sumisión del esclavo, el resto no es más que la reproducción histórica del poder y de su necesaria socialización. No es por casualidad que todos los poderes del mundo apelan a la providencia para ejercer su aristocrática discriminación. Al menos hasta que el capitalismo y su revolución protestante susurró a la burguesía las ventajas de secularizar sus invocaciones a través de una divina terrenalización del mercado, el dinero y el capital, tal como brillantemente lo expusieron los Calvinos y Luteros que los países post-coloniales apenas comienzan a generar.

Si por alguna circunstancia los jefes de la iglesia católica, sea ésta medieval, encomendera, mercantilista o agroexportadora, no sirven más a los propósitos de la oligarquía, inmediatamente los otrora sacrosantos curas serán satanizados de comunistas o sandinistas, según convenga a la circunstancia histórica de la dominación. Pero a lo que nunca renunciará la oligarquía es a tutelar o incapacitar por cualquier medio la libertad de los marginados y discriminados de siempre. Es por ello que en estos países encontramos siempre un celo por parte de las élites aristocráticas para ampararse, no solamente de los centros de educación, sino también de los medios de comunicación, modernos herederos de los púlpitos eclesiásticos de antaño.

En tanto que instrumento o voluntad de poder de la élite gobernante, dominante y dirigente, la oligarquía puede encarnarse tanto en los cargos militares, religiosos, político-administrativos, como en la gestión de los recursos económicos del sistema de explotación en cada momento de su evolución.

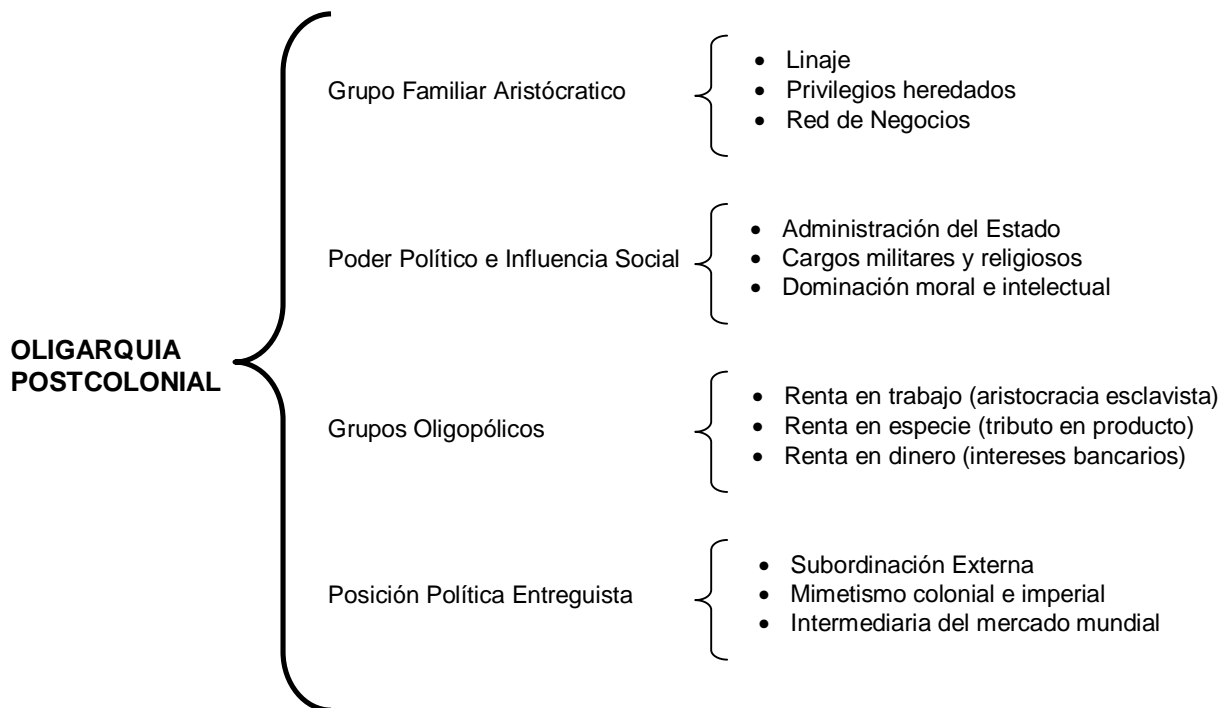
La peligrosidad histórica de la oligarquía, particularmente en momentos de crisis de hegemonía, estriba en su voluntad e ingenio para desencadenar golpes de estado, guerras civiles e intervenciones militares extranjeras, hechos que han impedido o dificultado el avance social de los países que padecen su autoridad.

En síntesis podemos decir que la oligarquía nace para designar a un gobierno-poder convertido en instrumento de la élite corporativa y conformada por un grupo de aristócratas, situación impuesta en base a privilegios de diferente naturaleza según las circunstancias. Su diferencia con el Estado burgués es que este último expresa la síntesis de las contradicciones del sistema, como diría Marx, subyacentes al interior de la

sociedad; en cambio el poder oligárquico funciona como un mero instrumento de una voluntad de poder, dado el grado de sumisión del resto de la población. Lo más que puede llegar a representar un gobierno oligárquico son los intereses generales de la clase dominante, siendo en última instancia el comité de gestión de la élite.

En otras palabras, si el Estado es una combinación de fuerza y astucia, como decía Maquiavelo, o de espada y evangelio como lo aplicaron los conquistadores y misioneros españoles en América, o de dictadura más hegemonía como lo señaló Gramsci, entonces, la dominación de la oligarquía se expresa como gobierno de aristócratas, cumpliendo una doble función: desde el gobierno o desde la sociedad política aplican la fuerza para garantizar la subordinación del pueblo, y desde la sociedad civil instauran todo un andamiaje cultural de tutelaje y domesticación para garantizar la sumisión total de la población. Dicho de otra manera, la oligarquía se expresa y se desdobra como poder político y como poder social, ejercido en ambos casos en base a privilegios reconocidos y ejercidos. Ahora bien, no siempre la aristocracia está amparada del gobierno o poder político, pero siempre está amparada de la hegemonía o poder moral e intelectual. De ahí la importancia que tiene en los regímenes oligárquicos la élite intelectual o moral, actuando desde la iglesia (aparato religioso), desde los centros culturales, académicos o educativos, y desde los medios de comunicación.

Permítanme sintetizar a través de un esquema conceptual los rasgos predominantes que caracterizan la identidad histórica y estructural del concepto y de la realidad de la oligarquía en las sociedades postcoloniales.



La oligarquía es un grupo familiar que por diversas circunstancias goza de privilegios reconocidos y heredados, lo que le permite entrar a una red de negocios entre ellos. Usualmente, este grupo de familias de abolengo o alcurnia se ampara del poder político, ocupando altos cargos en el gobierno o las fuerzas armadas, en la jerarquía eclesiástica o en los aparatos culturales y académicos del país. Situación que le permite monopolizar la hegemonía o dirección moral e intelectual de la sociedad.

Además de referirse a un clan familiar que detenta en base a privilegios la supremacía social de un país determinado, encontramos desde el punto de vista económico una constante en las diferentes oligarquías que se han sucedido a lo largo de la historia. Nos referimos a la renta como ingreso principal, es decir, un grupo pequeño y todo poderoso que obtiene o accede a la riqueza a través de la renta en trabajo (esclavitud o encomienda), la renta en especie (mediería o tributos), o la renta financiera (intereses bancarios o impuestos). Por eso es que las oligarquías aparecen como grupos parasitarios a los ojos de quienes viven del capital-dinero o del trabajo, tales como la burguesía o los trabajadores. La renta es un privilegio concedido por quienes detentan el poder, sea éste el rey o el Estado.

La realeza o grupo de grandes nobles disfrutaba de una renta por el simple hecho de un privilegio creado y aceptado por la sociedad, legitimado en aquel entonces por ser de origen divino. Los adelantados conquistadores o encomenderos coloniales recibían una renta en trabajo debido a un privilegio o gracia concedida por la Corona española. Los terratenientes perciben una renta de la tierra por poseer el monopolio de la tierra heredada o concedida por alguna autoridad, sin necesidad de invertir capital en la tierra y sin necesidad de trabajarla. Igualmente se habla de oligarquía financiera hoy en día, para referirse a un grupo de familias que monopolizan la banca y viven de los intereses financieros, es decir, del monopolio del capital-dinero o de la especulación.

Desde el punto de vista económico, esta casta o segmento social pertenece a la clase poseedora de la riqueza y es la encargada de aplicar la explotación de turno. Es una élite que representa a su clase y al resto de clases dominantes, si las hubiera, y se erige representante del pueblo en su conjunto, por métodos dictatoriales o democráticos, según el nivel de asimilación de la dominación por parte de los dominados. Pero en tanto que oligarquía de un poder postcolonial y subordinado al imperio, en última instancia representa al poder externo del imperio.

En los últimos siglos los títulos de nobleza han venido perdiendo legitimidad, por lo que la vieja aristocracia busca otras fuentes de poder, riqueza, jerarquía y discriminación, refugiándose en última instancia en la aristocracia del linaje, e la aristocracia de la diferenciación cívica y moral, y en la aristocracia del saber. Políticamente es conservadora y adversa las transformaciones liberales empujadas por el capitalismo. Algunas veces evoluciona como burguesía, aunque guarda ínfulas aristocráticas de diferenciación social. Se subordina al mercado mundial, lo que le permite recibir el apoyo de la metrópolis, unas veces para enfrentar conflictos internos, otras veces para suicidarse como clase nacional.

Históricamente, la oligarquía nicaragüense proviene del drama colonial donde un grupo de conquistadores españoles surgidos de la reconquista castellana de finales del siglo XV, trajeron consigo el complejo de la hidalguía, legitimada en una supuesta pureza de sangre que los diferenciaba limpiamente de los infieles judíos y árabes allá y de los indígenas aquí. Complejo que se reprodujo entre nosotros a capa, espada, evangelio y esclavitud sobre los indígenas y sus descendientes, a fin de que su hidalguía pudiera sobrevivir sin

manchase las manos con el trabajo. En América Latina los grupos oligárquicos nacieron viendo hacia el pasado aristocrático y conservador, luchando contra la injerencia liberal y reproduciendo los valores más atrasados: despóticos hacia dentro y serviles hacia fuera. Siendo la dependencia y subordinación al mercado mundial el principal factor material que impidió desde el comienzo su transformación en una burguesía capaz de gestionar un capitalismo nacional.

El fenómeno racial o étnico ha jugado un papel muy importante en la escala de valores, legitimidad, prestigio o jerarquización de la ciudadanía, fenotipos o arquetipos que han sido usufructuados por las élites dominantes, particularmente por la oligarquía para distinguir y evidenciar su poder. El poder de la oligarquía ha sido dibujado y uniformado a punta de fuerza, riqueza y valores. Aunque todos los rasgos del poder se apoyan unos a otros, cada uno guarda su peso y escalafón en el concierto de la jerarquía. En algunos momentos lo que cuenta es la fuerza bruta, en otras circunstancias la riqueza define la relación de poder, en otros casos es la propia legitimidad de unos valores encarnados en determinadas categorías. Sin embargo, todos estos instrumentos realizan el recorrido bajo el brazo de los jinetes de la raza y la etnicidad. En el caso de América Latina, la raza (fenotipo teñido de significados) y la etnicidad (cultura relacionada con su propio tipo), han estado encarnados en identidades sociales diferenciadas por pelo, color y tamaño, conocidos como criollos, mestizos e indígenas (en ese orden). El pelo rubio, castaño, chirizo o murrucó, el color blanco, cobrizo o negro, el tamaño alto, chaparro o requeteto.

La historia del poder entre las poblaciones de América Latina podría reconocerse por los diferentes colores de un arcoiris de prejuicios amasados a sangre y fuego. La lucha por el poder se inicia a través de la emancipación de los criollos o descendientes de españoles, a comienzos del siglo XIX. Criollos que a su vez se convirtieron en amos de mestizos, indígenas, negros, mulatos o zambos, embrujados estos últimos por valores imbuidos en la servidumbre que los enajenaba: los mestizos provienen de la mezcla de criollos con indígenas o con negros provenientes de las Antillas, los mulatos provienen de la mezcla de negros con blancos, los zambos provienen de la mezcla de negros con indios. Andando el tiempo, les tocó a los mestizos emanciparse de los criollos, manteniendo ambos, criollos y mestizos, la dominación sobre los indígenas. A su vez, en esta pirámide de colores, los de abajo siempre cooperaron para lograr la emancipación de sus próximos amos, luchando y exponiendo la vida en las batallas contra los amos de sus amos. Los indígenas y los mestizos lucharon bajo la dirección de los criollos para emanciparse todos de los españoles; en otro momento, los indígenas lucharon bajo la dirección de los mestizos a fin de que ambos se emanciparan de los criollos.

Los valores culturales y sus respectivos privilegios, antaño provenientes del color, hoy, convertidos en creencias y conductas, se independizan del color y garantizan las riendas del poder a través de un orden establecido y sancionado por una jerarquía cultural reconocida. Comienza la fusión de los rasgos y las ponderaciones cambian de estatus y medidas: encontramos blancos criollos, pero empobrecidos y sin ningún poder, dando nacimiento al hidalgo (hijo de algo), añoranza senil de ancestros sin descendencia patrimonial; encontramos, asimismo, ricos mestizos empoderados por las armas y enriquecidos al amparo del gobierno, pero despreciados por criollos de abolengo; igualmente, encontramos, indígenas sobresalientes en muchos campos, pero con un complejo de culpa que les amarga el corazón; por otro lado, encontramos negros embebidos de complejos de inferioridad, algunas veces disfrazados de complejos de superioridad. Y es que la emancipación tiene sus códigos, siendo la regla de oro, aquella que rechaza la relación de dominación en su conjunto, tanto la emancipación del esclavo

como la emancipación del amo. Que el esclavo quiera emanciparse pareciera normal porque padece la esclavitud, pero la emancipación del amo de una condición que lo favorece es más difícil porque no la padece, sino que más bien la goza a su manera y desde su punto de vista.

Ateniéndonos a los parámetros de la política criolla nicaragüense, toda esta red de poder y contra-poder adquiere ciudadanía política. Históricamente, los criollos se dividieron en dos; los que querían ser como los españoles, pero sin independizarse de España, es decir, reinar a este lado del mar y gozar de la realeza peninsular; y los otros criollos que forzaron la independencia de España y buscaron, además, cómo independizarse del régimen político monárquico, a la usanza republicana de los revolucionarios europeos. Posteriormente y desde entonces, unos tomaron la ruta conservadora y otros tomaron la ruta liberal, los primeros intentando mantener la legitimidad del abolenjo y del color, apoyados por hábitos entronizados en la cabeza de los dominados, los segundos ingresando al mundo del mestizaje y de la democracia liberal de la riqueza y el poder.

A medida que el imperio español desaparecía y el nuevo imperio norteamericano golpeaba las puertas de la incipiente soberanía, criollos y mestizos, conservadores y liberales, ambos empollados localmente, se comenzaron a disputar la simpatía norteamericana de su resucitada servidumbre. A tal punto que, como ha dicho uno de los embajadores de los Estados Unidos en Nicaragua, el dominio nace de un matrimonio entre injerencistas y serviles. El común denominador, sin embargo, de la subordinación material a la metrópolis ha sido lo que se conoce como el modelo agroexportador, responsable del vacío de la industrialización y del mercado interno. Todo el esfuerzo de imitar la racionalidad político-ideológica de la revolución francesa o del liberalismo democrático de las instituciones norteamericanas, no ha sido más que una caricatura desmentida por los hábitos dictatoriales y autoritarios de las élites latinoamericanas.

Este fenómeno social ha recorrido, con mayor o menor énfasis, toda América Latina. En ciertos países la burguesía industrial se ha desarrollado más, en otros países todavía larva sin poder desarrollarse, manteniéndose a la sombra de la hegemonía de la cultura oligárquica. Mientras menos desarrollado económicamente es un país, menos arraigo económico tiene la oligarquía, ocupándose más de resguardar el poder ideológico y político. Por eso es que en nuestro país, las expresiones más visibles del carácter oligárquico de las clases dominantes son las posiciones políticas, portadas por una ideología cultivada por los intelectuales de idiosincrasia oligárquica: poetas, historiadores, novelistas, ensayistas, escritores vernáculos, tradicionales o postmodernos. Al respecto permítaseme introducir una digresión: existe una expresión histórica, estructural o económicamente objetiva de la oligarquía (grupo de parentesco que monopoliza el poder económico), pero existe la posición política o ideológica que expresa el pensamiento y los valores de aquel grupo. Normalmente, dicha posición es enarbolada por el propio grupo de familias pertenecientes a la autollamada élite de poder, sin embargo, la misma se encarna asimismo en otros sectores sociales, independientemente que tengan o no el mismo estatus socioeconómico que las familias dominantes. Recordemos que las posiciones ideológicas pueden ser encarnadas en quienes económicamente distan mucho de pertenecer a las clases que generan dicha ideología. En Nicaragua hubo y hay muchos somocistas de origen campesino u obrero, conservadores de clase media, marxistas de origen cristiano o sacerdotal, indios y mestizos que se desviven por los blancos, o mujeres que defienden el machismo visceral de sus compañeros de infortunio. La ideología, una vez generada por intereses económicos, puede vivir y reproducirse aún en el alma de

quienes padecen la relación de dominación, situación en que la actitud del esclavo facilita tanto la esclavitud como lo hace la fuerza y posicionamiento objetivo del amo.

Es así, entonces, que la oligarquía, como cualquier sector dominante, gobernante o hegemónico, ejerce su supremacía y rango jerárquico reconocido, gracias a una ideología reproducida en el alma y cerebro de la población en su conjunto. De ahí la importancia que han tenido los intelectuales en la producción y reproducción del sistema oligárquico, adaptándoseles, reconociéndoselos y conformándoseles como parte integrante de la oligarquía, aunque no detenten otro poder que el ideológico, poder que se ejerce y reproduce con el mismo código de parentesco, reconocimiento, fuente de privilegio y prestigio que acompaña a las familias ricas de la oligarquía. A su vez, el rango de abuelo y alcaide ha servido para que los valores intelectuales, culturales y artísticos, sean encumbrados y colocados en el pináculo, más por su linaje familiar que por su propio valor científico, ético o estético.

Cada oligarquía latinoamericana tiene su particularidad. Unas han logrado mantenerse a través del control directo del poder político o militar, otras lo delegan y se ocupan de la gestión del poder económico, otras sobreviven a través de la influencia cultural, tanto moral como intelectual. Su primera sacudida proviene de la ofensiva del liberalismo decimonónico, ha sido desafiada permanentemente por las fuerzas populares de cada generación, pero todo pareciera indicar, sin embargo, que la llegada del neoliberalismo, por un lado, y de la emancipación social, por otro lado, marcará su ocaso definitivo.

En términos generales la decadencia de la oligarquía conservadora comienza a lo largo del siglo XX, fenómeno que alcanza a la oligarquía nicaragüense, aunque con su propia especificidad y don de sobrevivencia. Efectivamente, la historia de la oligarquía conservadora nicaragüense es a la vez una historia de decadencia y sobrevivencia: a) primero bajo la ofensiva de las fuerzas liberales locales (Zelaya 1893-1911 y Somoza 1934-1979), b) posteriormente enfrentando la insurgencia de las fuerzas populares (Sandino 1927-1934) y el FSLN desde 1979 en adelante), c) sucumbiendo finalmente ante la desnacionalización neoliberal que la deja sin autoridad alguna frente a todas las fuerzas internas: políticas, religiosas y económicas (desde 1990 hasta nuestros días). Paradójicamente, sin embargo, la oligarquía conservadora ha podido sobrevivir precisamente filtrándose en las redes políticas, económicas e ideológicas de los proyectos hegemónicos que aunque estructural e históricamente debilitan su hegemonía no logran desplazarla completamente; de ahí la sobrevivencia del concepto, un viejo y renovado concepto que sigue teniendo heurística vida.

La oligarquía hereda el proyecto colonial de la Corona española y hoy convive con el imperio norteamericano y la cultura occidental, usufructuó la ideología religiosa de la iglesia católica y casi podríamos decir que hereda la estrategia de la culpa como mecanismo de dominación, sobrevivió a la revolución liberal y logró gobernar con toda clase de regímenes liberales, se mantuvo subordinada a la dinastía liberal somocista, perdiendo desde entonces el monopolio político-militar y económico que antes tuvo; se alía con el Frente Sandinista y pierde el monopolio social; finalmente, decide entregarse progresivamente al neoliberalismo y termina perdiendo, hoy en día, su secular influencia en la iglesia católica, en las masas y en gran parte de la burguesía local.

La importancia de la ideología, en tanto que instrumento de dominación, explica el lugar preponderante que la oligarquía le ha concedido a los aparatos ideológicos de Estado, como son la familia, la iglesia, los colegios, los medios de comunicación, para copar el

andamiaje axiológico de la opinión pública. Este hecho no es privativo de la oligarquía, sino de cualquier clase dominante, sin embargo, y a diferencia de la burguesía, la necesidad de mantener privilegios a partir del prestigio social, hace que para la oligarquía la educación no sea solamente un apoyo para alimentar ideológicamente el sistema imperante, sino un instrumento a través del cual se reproduce también el prestigio del linaje.

Cuestionar a un régimen político despótico o autoritario es bien tolerado en las culturas democráticas, atentar contra el sistema económico es menos permitido, aunque se ha vuelto posible desde la revolución francesa y sobre todo desde la revolución rusa, pero atentar contra la sacrosanta civilización represiva y sus representantes es prácticamente intolerable. Es por ello que los privilegios y el don de dominación de la oligarquía conservadora han sido prácticamente intocables desde la Colonia. Somoza la subordinó políticamente y comenzó a competir económicamente con ella, lo que causó su caída, pero jamás atentó contra el estatus de legitimación de sus códigos, más bien intentó mimetizarse, como le pasó a mucha gente del Frente Sandinista, particularmente a intelectuales y dirigentes provenientes de la pequeña burguesía. Circunstancia que se explica en parte por la participación de familias de la oligarquía conservadora, como aliadas y como parte constitutiva en la insurrección y en la misma revolución, hecho que permitió la oxigenación de la oligarquía conservadora y alargó el potencial de cuestionamiento por parte de las fuerzas revolucionarias de latente contenido histórico antiimperialista y antioligárquico.

En Nicaragua, bien entrado el siglo XX, se comienza a cuestionar a la burguesía, antes que a la oligarquía; incluso los intelectuales provenientes de la oligarquía conservadora, adueñados de la interpretación histórica del país, fueron los primeros en oponerse, en forma reaccionaria y antihistórica por supuesto, a las primeras incursiones liberales del capitalismo nacional y al giro empresarial-burgués y democrático de algunos segmentos de la clase dominante.

A pesar de que el prestigio social del linaje no haya sido puesto en entredicho, ni en la dictadura somocista, ni durante la revolución sandinista (en la primera porque compartía el sistema económico, en la segunda porque se compartían los valores civilizatorios), es evidente que la oligarquía ha venido perdiendo poder aceleradamente. Y da la casualidad que gran parte del poder y de la influencia, tremendamente disminuidos de la oligarquía conservadora, se ha venido trasladando al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) o a organizaciones afines. Efectivamente, la oligarquía ha perdido influencia en el Ejército Nacional, la Policía Nacional, los poderes del Estado (legislativo, judicial y electoral), los gobiernos municipales, la iglesia católica y evangélica, las universidades públicas, las organizaciones sociales, los medios de comunicación, los obreros y campesinos, las comunidades étnicas, las asociaciones gremiales, sindicales y profesionales, la mitad de los electores, la opinión pública, los organismos de la sociedad civil. Concomitantemente, junto al ocaso de su hegemonía, se ha debilitado la hegemonía del gobierno de los Estados Unidos y de sus principales fuerzas, lo que coincide con el expandido fenómeno de autodeterminación e integración nacional y regional que recorre América Latina en los inicios del siglo XXI.

### ***El linaje, la educación y el fenómeno de las dos iglesias***

Antiguamente, tanto en Europa como en América Latina y en Nicaragua en particular, la educación estaba exclusivamente en manos de la iglesia católica, posteriormente accedieron también a tal servicio las iglesias evangélicas. Educar era sinónimo de evangelizar y los alumnos se confundían con los fieles. Sin embargo, siempre existió una educación diferenciada para los príncipes o élites, otra para las clases medias y otra para el pueblo trabajador.

Este esquema se ha repetido aunque el contenido haya cambiado de acuerdo a las necesidades históricas y los intereses del momento. En esto también existe una cierta diferencia entre la educación requerida por la burguesía y la educación requerida por la oligarquía y sus familias aristocráticas. Para la burguesía lo que cuenta es la socialización de los valores imperantes, como la propiedad privada, el mercado y el funcionamiento del capital, función laica que dejan en manos del Estado. Distinto es el caso de la oligarquía quien necesita apoyo especial, no tanto a favor del funcionamiento del capital en su conjunto, sino en función de la reproducción del linaje, el privilegio, el estilo y el prestigio aristocrático requerido para distinguirse de los demás.

Es así que en América Latina en general y en Nicaragua en particular, siempre existió una especie de división del trabajo de socialización entre dos tipos de iglesias. Una iglesia parroquial a cargo del clero diocesano, encargada de la evangelización de los pobres, y otra iglesia que yo llamaría la iglesia académica y aristocrática a cargo de ciertas órdenes religiosas encargadas de la educación de la élite. En esta última labor se han destacado los jesuitas y los salesianos para los varones y, las monjas teresianas o de la Asunción, para las mujeres.

En algunos casos, la función de las dos iglesias es llevada por una misma orden religiosa, quien tiene un colegio para los ricos y otro para los pobres. Tomemos uno de los mejores ejemplos como es el caso de los jesuitas.

Los jesuitas son una congregación nacida en el siglo XVI en España y dedicada a la educación de las élites aristocráticas, papel que han reproducido en todas partes del mundo donde se han establecido. Llegaron a América con la Conquista y la Colonización española. Junto a los indígenas de Paraguay fueron actores y mentores de una de las mejores experiencias asociativas y autogestionarias conocidas en nuestra América. A lo largo de la colonización y de la vida republicana se fueron estableciendo y dedicando a la educación primaria, secundaria y posteriormente universitaria, como muchas otras congregaciones religiosas.

A fines del siglo XIX fueron expulsados de varios países, entre ellos de Nicaragua, por parte de los gobiernos liberales o anticlericales de entonces, debido a diferentes razones. En el caso de Nicaragua se dice que uno de los motivos por los cuales fueron expulsados fue porque estaban involucrados en la rebelión de los indígenas de una de las ciudades del país, durante la lucha de resistencia de las comunidades de Matagalpa. La verdad es que los jesuitas siempre se han caracterizado por estar presentes en la vida nacional, a veces apoyando a la derecha, otras veces apoyando a movimientos más progresistas, incluso revolucionarios, pero en todo caso manteniendo su función de educar y reproducir a las élites del poder.

Es conocido que los hijos de las familias notables, es decir, familias muy interesadas en hacerse notar, han sido educados desde la primaria hasta la educación superior en escuelas, colegios y universidades a cargo de los jesuitas. Junto a estas escuelas, colegios o universidades para gente con ingresos mayores, existían programas de becas o colegios adjuntos o separados dedicados a educar a los hijos de la gente pobre.

En el caso de las escuelas, colegios o universidades para los hijos de las familias ricas, se vive un ambiente donde la jerarquía es parte de los valores que respiran los estudiantes, independientemente de la voluntad de los propios jesuitas. Todo niño aprende que tener es poder y que quien más tiene más puede, lo que se nota en los apellidos, el atuendo o los bienes en general, relacionados con la propiedad o los cargos de las familias poderosas del país. Muy conocido es el caso del colegio Centroamérica o de la Universidad Centroamericana, radicados en Managua, donde estudiaban y estudian los sectores sociales más pudientes del país, algunos de ellos provenientes de las familias de la aristocracia conservadora.

En estos centros religiosos de educación o centros educativos de la iglesia académica, se han educado los principales dirigentes políticos y económicos, así como notables de mayor prestigio del país. Ambiente en donde se tejen redes de amistad, parentesco o vínculos sociales que sirven de base para facilitar la agrupación de fuerzas políticas, económicas o académicas ligadas al linaje o poder de la oligarquía. Se encuentran casos en que los hijos de la élite económica ingresan a las filas de la Compañía de Jesús, ocupan cargos en los centros académicos y gozan de una gran influencia política, fortaleciéndose así en forma mucho más orgánica la relación entre los emblemas políticos, económicos y culturales del parentesco social.

Es conocido que entre las actividades recreativas de estos colegios se estilan fiestas para adolescentes donde se juntan los varones que estudian en el Colegio de los jesuitas y las mujeres que estudian en el colegio del Teresiano o de la Asunción, lo que facilita el apareamiento entre familias de linajes similares.

Lo que cuenta en esta breve historia es que el linaje se reproduce, no solamente a través de la sangre, sino a través de la educación formal y de los intersticios del poder de la clase dirigente, apareciendo este fenómeno como estratégico para la reproducción de los mecanismos ideológicos y culturales de la supremacía social y económica que la oligarquía necesita para sobrevivir y crecer. Recordemos que uno de los instrumentos de jerarquización es el saber, rasgo de la élite intelectual de cualquier categoría social. Es así que iglesias parroquiales, órdenes religiosas dedicadas a la educación y aparatos ideológicos públicos o privados, aparecen como espacios codiciados para alimentar la orientación moral o intelectual destinada a élites y comunes.

Repito una vez más que en este pequeño ensayo lo que cuentan son las categorías sociales y el código institucional, más que las personas y su identidad cotidiana que como todos sabemos no se agotan en su identidad de clase o casta. Bien sabemos que los vicios o virtudes personales no necesariamente corresponden a la posición política que libremente ostentan.

### **La Prensa, la opinión pública y el sentido común**

A medida que la religión y sus iglesias se tornan insuficientes o que las sociedades se hacen muy grandes, los medios de comunicación comienzan a complementar o sustituir la función socializadora de aquellas. El surgimiento de oligarquías financieras combina el negocio de los bancos con el negocio de los medios de comunicación, particularmente la prensa y televisión.

En la lucha por la hegemonía, es decir, en la disputa por la dirección intelectual y moral de una sociedad, juegan un gran papel los medios de comunicación, escritos, radiales y telemáticos en general, a tal punto que se dice que el mejor partido político que tiene la oligarquía es el control de la opinión pública a través de medios rectores de la vida nacional. Efectivamente, un periódico tiene todas las condiciones de funcionar como partido político, tal como lo ha sido la iglesia católica. En Nicaragua, dicho papel le ha correspondido al diario La Prensa, la que, dicho sea de paso, siempre ha pertenecido a un par de familias, entre ellas la familia Chamorro.

El diario La Prensa tiene, como cualquier periódico, un proyecto propio que divulga a diario, incluso lo hace en forma más constante que la propia iglesia y que los mismos partidos políticos. Se mantiene en gran parte de los anuncios de aquellos grupos para los cuales trabaja. Y en la lucha político-ideológica sostiene una estrategia axiológica determinada, alrededor de la coyuntura política del momento, a través de la cual promueve y defiende las posiciones políticas de la oligarquía o del gobierno de los grupos económicos más poderosos.

Ciertamente que todo periódico perteneciente a cualquier sector dominante cualquiera hace este trabajo, sin embargo, en el caso de un periódico que está al servicio de la oligarquía, el mismo funciona alrededor de la lógica de la jerarquía y la discriminación, del prestigio social y de la legitimidad imperantes, para defender sus intereses, lo que implica cultivar una visión del mundo para las élites, un tratamiento para la población en general y un mecanismo especial para tratar a los adversarios.

Veamos a través de un esquema cual es esta estrategia.

<b>OLIGARQUÍA</b>	<b>DISCRIMINADO</b>
Privilegios Legitimación Reconocimiento Prestigio Social Hegemonía	Marginado Legitimación Desprecio Descalificación Sumisión

Todo sector dominante tiene un polo sobre el cual ejerce su dominación. El gobierno lo ejerce sobre los gobernados, las dictaduras sobre una población temerosa, la iglesia sobre los fieles, la burguesía lleva a cabo la explotación sobre los obreros, los terratenientes sobre el campesinado, el hombre sobre la mujer y los hijos, etc.; en el caso de la oligarquía, el sector que se encuentra en el polo opuesto es el discriminado en general, el don nadie, el desconocido, el común, el marginado y obligado a aceptar e

interiorizar la jerarquía de la justicia, es decir, la injusticia. Era usual en las familias aristocráticas de antaño incluir a los esclavos como parte de la familia, igual que hoy en día se hace con las empleadas, llamadas sirvientas, que duermen en la casa de las familias que la contratan y que se consideran como apéndice de la familia.

El objetivo principal de la oligarquía es mantener sus privilegios sociales, para lo cual tiene que haber un sector dentro de la sociedad que no goza de privilegios y además se mantiene discriminado frente a aquellos privilegios. Los privilegios de la oligarquía necesitan legitimarse, para lo cual necesitan rechazar a cualquier otro sector que pudiera pretender los mismos privilegios. Es así que las familias de la oligarquía se labran un reconocimiento y una credibilidad especial en tanto que segmento superior en la escala de valores de la sociedad, a la vez que el resto de la población es ignorada y despreciada totalmente ante los ojos y estima de los demás. Llega un momento en que por el hecho de pertenecer a una de las familias de la oligarquía se tiene adscrito junto al apellido un prestigio social que lo protege y lo vuelve impune e inmune, inversamente a lo que le pasa a un miembro de la población marginada, para quien la sospecha corona su descalificación. Por este camino, la ideología o el proyecto de las élites dominantes serán la ideología o el proyecto dominante en la sociedad, ante los cuales la población marginada debe subordinarse y someterse.

El secreto de la oligarquía gira alrededor de una longeva y bien tejida estrategia. El mecanismo consiste en crear un estereotipo, un estigma o una idiosincrasia de molde social, alrededor de un binomio de superioridad e inferioridad, concediendo al primero una identidad o estatus de superioridad y privilegio, y al segundo un complejo de inferioridad y marginación. La discriminación y la amenaza de la humillación es el instrumento moral utilizado por la clase dirigente para domesticar y mantener la marginación y sumisión del oprimido. Esta situación, una vez legitimada y aceptada como opinión pública o sentido común, se reproduce automáticamente por el hábito cotidiano y la socialización. Una vez creado el estereotipo, éste se activa y se pone en marcha permanentemente, creando la cultura y conducta requerida por el poder. Código habitual que sirve además para acomplejar al marginado, estigmatizar al desobediente, satanizar al rebelde y culpabilizar al transgresor, por el simple hecho de provenir de una de las escalas inferiores de la cadena jerárquica.

El estereotipo se esculpe bajo el valor creado y concedido a ciertas razas o apellidos, hábitos cotidianos, lenguaje, estatus económico, social y político, ostentación de los símbolos y códigos que definen la jerarquía y relación de dominación-sumisión. El aristócrata intuye que su superioridad proviene del refinamiento exclusivo y no del lujo externo y generalizado del burgués, cultiva su distinción y evita que aquella se democratice, como pertenecer a un club social, llevar un raro y escaso apellido, tener un título aunque sea antojadizo, como es el caso de los abogados que se autollaman doctores aunque la universidad no les haya otorgado el doctorado. Si un miembro de una familia considerada distinguida por los usos y costumbres del lugar carece de riqueza, se apegará con mayor ahínco a otra fuente de prestigio como la aristocracia del saber o de los valores morales que supuestamente le corresponden por su apellido.

Es interesante saber que en Nicaragua la cadena comienza con el aristócrata, quien incluso se siente diferente al burgués y diferente al oligarca, sobre todo cuando no tiene riqueza o no tiene poder, sucede usualmente con familias de viejo linaje o con intelectuales que comparten el desprecio hacia la masa común y hacia aquellos otros intelectuales que cuestionan la jerarquía establecida.

Para la oligarquía es muy importante mantener y sancionar los escalones que se encuentran por debajo de la escala de valores construida por la cultura aristocrática. Más abajo está el burro de plata que tiene dinero, pero no clase, el hijo de casa que no es hijo de los señores, pero sí de la casa, el bastardo o gente sin apellido, el medio pelo o persona creída y con medianos recursos, el mengalo o persona con alguna presencia social, pero que no pertenece a familia aristocrática alguna, el colado o persona que se introduce a espacios importantes donde no pertenece por su linaje, el cola de vaca o persona arrastrada por otra más importante, etc.

El humor popular y los usos aceptados lo dicen mejor que nosotros: *si va corriendo un blanco, la gente dice: ahí va un atleta, si va corriendo un negro, la gente dice: ahí va un ladrón. Si una liberada es rica, se dice: es moderna, si es pobre, se dice: es una puta. Si un niño es hijo de matrimonio se le considera hijo legítimo, si no, se le considera ilegítimo o bastardo. Si es de familia reconocida por la élite dirigente, se le llama de buena familia, si no, se le considera de familia desconocida. Si un aristócrata es homosexual, se le dice gay, si es marginado, se le dice maricón.* En el campo de la política estos estereotipos se prolongan, mezclando viejos y nuevos valores: si el que cuestiona y patea es de derecha, se le llama patriota, revolucionario o demócrata, *si es de izquierda se le llama bandolero, terrorista o caudillo sin legitimidad.* Identificarse con la metrópolis es sinónimo de moderno o civilizado, reproducir tus raíces te sitúa en la barbarie o el atraso; si un negro, indígena o mestizo se aparea con un blanco, se dice que está mejorando la raza. Y así hasta llenar las páginas de un diccionario que todavía no hemos escrito. Ciertamente que en todas las identidades culturales pasa algo parecido, lo particular, sin embargo, en el caso de la oligarquía es la connotación racial o de parentesco que adquirió desde la época colonial, unido al poder y la riqueza que la misma ha usufructuado en todos estos 500 años, así como al monopolio de los aparatos ideológicos.

La cultura de la élite se adorna de arrogancia y prepotencia, segura de su superioridad, cultivando en el marginado una cultura servil y sobre la cual hay que tomar distancia. Los sirvientes y sirvientas alojadas en las haciendas o casas de las familias que reclaman el abolengo, son uniformados para evitar que se confundan con el patrón o la patrona. Están inhibidos de mirar de frente a los ojos de su amo, sobre todo si es del sexo opuesto. Casi siempre y bajo el complejo de superioridad yace un complejo de inferioridad que se alimenta de los infinitos eslabones de la cadena, hacia arriba y hacia abajo. Siempre alguien será considerado de una casta superior. Igualmente, bajo el complejo de inferioridad existe una inclinación de imponerse sobre el que se encuentra en un escalón considerado más bajo. Esos complejos son fuente de solapado resentimiento y odio que la oligarquía sacia contra aquellos seleccionados por el estereotipo del desobediente y rebelde y el discriminado sacia con sus hermanos, su mujer o su adversario político, desatándose en los enfrentamientos armados todo el odio acumulado y mal saciado en la vida cotidiana.

El marginado es educado desde la infancia para reproducir la psicología del oprimido y aceptar la discriminación en todas sus manifestaciones. Desde niño o niña percibe que existen ritos para los grandes y ritos para los desarraigados. Bautizos fastuosos y bautizos humildes, lo mismo pasa con los matrimonios, velatorios o entierros. En la ciudad de Granada por ejemplo, cuando se muere alguien de familia notable o reconocida, la gente expresa: "se murió un grande" al ver pasar el lujoso coche fúnebre halado por caballos bien galardonados.

En toda esta mentalidad subyace y se privilegia la discriminación del color o la etnia, siendo ello muy notorio y usual en relación a los negros e indígenas de la Costa Caribe, a quienes se les considera ciudadanos de tercera categoría, percepción de la cual se apropian incluso los mestizos del resto del país, lo que los consuela de su discriminada situación frente a los blancos y ricos de su propia región.

La verdad es que toda la población nicaragüense conoce desde muy temprana edad a un dios blanco, de ojos azules y cabello rubio o castaño, a una virgen blanquísima y a unos ángeles rosados. Lo mismo pasa con el color de las muñecas, los artistas de cine, las mujeres de los concursos de belleza. Sabe que es indígena, mestizo o negro, pero de eso no se habla y si se hace nadie se siente explícitamente aludido, salvo indirectamente por los refranes populares: “no hay peor cosa que poner a un indio a repartir chicha”, “ese es un indio patas rajadas”; por lo general los apodosos suelen ser alusivos al color, rasgos de pobreza extrema, marginación o discriminación: “cara de contil”, “quirina”, “chintano”, “patizambo”, “mocoso”, “caitudo”.

El discriminado guarda internamente una personalidad inhibida, oculta, vergonzosa y culpabilizada que contribuye a cultivarle una plataforma inconsciente de miedo, sabiéndose objeto de desprecio y odio, sospecha y condena sin delito ni juicio. Sospecha de todas las injusticias que lo rodean, pero prefiere callar por vergüenza o temor al castigo de desobediencia. La discriminación la convierte en envidia silenciosa, exteriorizada frente a su propia familia, raza o clase. Si es macho y se encuentra en el último escalón de los valores de la jerarquía imperante, se desquita con su mujer que siempre estará en peores condiciones. En ella descarga su resentimiento e impotencia reprimida. Cuando se emborracha suele alardear con sus amigos los logros soñados de su padecido complejo de inferioridad, expresión del más vanidoso de los machismos. “Yo soy hijo de fulano de tal”, grita en medio de la calle; “Yo tengo reales y compro lo que compran los ricos”, “mis hijos estudian en el colegio tal”, “mi hija se casó con fulano de tal”.

En los pueblos rurales los marginados que entran a los barrios centrales caminan en el centro de la calle por temor a pasar por las aceras de las familias acomodadas. Son temerosos de las autoridades, particularmente si entran en disputa o conflicto con personas de conocido o famoso apellido. En las ciudades existe toda una jerarquía en escuelas, colegios o universidades que domestican la percepción del mundo. Los “niños bien” van en bus o son llevados por sus padres o choferes en carro al colegio, los niños pobres no van a la escuela o van a pie.

Pues bien, este poder civilizatorio, con toda su parafernalia de símbolos, valores, creencias, hábitos, usos y costumbres, visión del mundo, ideologías, ideas aceptadas como naturales, códigos de conducta, carácter y personalidad, manías, prejuicios, temores, expectativas, idiosincrasia, religiosidad, complejos, jerarquías, normas, tradiciones, estereotipos, idiosincrasias, etc., es lo que hace todopoderosa a una élite aceptada como guardiana de todo ese andamiaje civilizatorio. Y es por ello que se explica que una élite que ha perdido el poder político y se encuentra en trance de ser desplazada del poder económico, sobreviva gracias a ese reservorio de legitimidad con el que arbitra y enjuicia lo que es bueno y lo que es malo en una sociedad determinada. De ahí la importancia que la élite dirigente concede a los aparatos ideológicos, particularmente a los medios de comunicación (familia, iglesia, ciencia, cultura, tradición, medios de comunicación). No es pues casualidad que sea el diario La Prensa el

verdadero partido de la oligarquía conservadora de Nicaragua, mantenido desde hace 80 años en manos de una misma familia.

En este sentido, la ideología funciona efectivamente como enmascaramiento de las verdaderas identidades, tanto de la oligarquía como de los marginados y condenados desde su nacimiento. Igualmente, el monopolio que hoy detentan los grandes medios de comunicación hace difícil para los sectores populares emanciparse de este flagelo, sobre todo cuando el mismo usufructúa quinientos años de marginación y domesticación ideológica, introyectada racial y étnicamente en la mayor parte de la población.

La ventaja de este mecanismo es que se va creando en la población un complejo de inferioridad que lo lleva a la aceptación de las mayores injusticias sociales, sin que tenga la más mínima defensa para objetarlas, pues ello lo llevaría a una sensación de transgresión y de culpa que lo hunde más en la impotencia.

Este sistema desarrolla y refuerza a su vez la estrategia de división y polarización en el seno del pueblo. Una vez en marcha, la estratificación misma se encarga de imponer la conducta del escalonamiento social, única forma de acceder a los privilegios envitrinados para todo el que aspire a ellos o quiera surgir del fango en que se encuentra. La división social entre ricos y pobres, explotados y explotadores, dominantes y dominados, privilegiados y marginados, etc., se trastoca en una infinita red donde cada individuo se diferencia entre rasgos superiores y rasgos inferiores cuasi-naturales, aceitados con una potente carga de resignación, ilusiones encantadas, cursilería, arrogancia o creencia ciega.

Por lo general, la gente humilde se esfuerza miméticamente al menos por identificarse con los valores establecidos por la jerarquía y el poder, asumiendo ridícula y tragicómicamente la ideología de la élite dominante, incluido sus propias vendetta. Es así que durante siglos la oligarquía estableció su propia clasificación entre patricios y plebeyos, blancos y negros, amos y esclavos, encomenderos e indios, con pantalones largos o chingos, con peluca (o *mechudos*) y desnudos, aristócratas y mengalos, timbucos y calandracas, legitimistas y demócratas, liberales o conservadores, hasta la imaginación, enviando a la gente a odiarse y matarse, reivindicando el color o la suerte de los amos, impidiendo a toda costa otras clasificaciones de carácter social y por lo tanto reversibles o populares, como ricos y pobres, dominantes y dominados, explotadores y explotados, privilegiados y marginados, etc. Con el tiempo, la alegría o el odio del amo, llegó a ser el código para la alegría o el odio del esclavo. La gente se acostumbró a desahogar la agresividad que le generaba su calamidad, ofendiendo y desquitándose con el hermano o con la mujer, con el adversario político o con el creyente de otra religión, polarizados hasta la saciedad por cortinas verticales que lo alinean con la élite dominante escogida.

En síntesis podemos decir que el linaje del poder genera poder, de la misma manera que el poder del linaje es una de las más poderosas fuentes de dominación, vasallaje y domesticación.

Este fenómeno que pasa en Nicaragua, también pasa en América Latina, pero aquí aparece más pronunciado por algunos hechos que enfatizan sus particularidades, a saber: un mayor peso de las élites conservadoras en la vida nacional, una mayor debilidad de la burguesía agroindustrial, una mayor presencia del imperialismo y del injerencismo norteamericanos, así como una gran exacerbación de las contradicciones

sociales, políticas, económicas y culturales, generada por la revolución popular sandinista. El oligarca y el imperio logran desatar un odio y una agresividad muy intensa contra líderes populares que aparezcan disputando la hegemonía, opinión o clientela de las masas, sobre todo si se trata de alguien que no merece igualarlos en poder. Para la oligarquía no hay líderes populares, sólo caudillos censurables, salvo si pertenecen a su estirpe.

En el caso de Nicaragua y situándonos en el campo político, el diario la Prensa se ha encargado de desprestigiar, descalificar y culpabilizar a los adversarios políticos, tanto que bien podríamos decir que ha sido este diario el heredero de la función ideológica que antaño únicamente competía a las iglesias. El sandinismo, en tanto corriente ideológica que ha osado disputar la hegemonía a la oligarquía y a los partidos tradicionales, liberal y conservador, ha probado lo que es la ofensiva ideológica de este diario. Los sandinistas nacieron con el estigma de bolcheviques en tiempo del general Sandino, luego fueron calificados como sandino-comunistas en tiempos de la dictadura somocista, posteriormente han sido señalados por el diario La Prensa como turbas, piñateros, terroristas, guerreristas, antidemócratas, pactistas y populistas con el fin de descalificar y desprestigiar cualquier acción difícil de condenar, tal como la alfabetización, la reforma agraria o la victorias electorales sandinistas.